

LA SOMBRA DE ELIOT

José Noé Ojeda Rodríguez

24 de diciembre de 1983. San Luis Potosí

La suave caricia de la brisa invernal rozó las mejillas de Eliot, provocándole un ligero cosquilleo que provocó su abrupto despertar. En medio de un punzante dolor pudo levantar un poco la mirada, de su rostro lívido y tembloroso asomaba únicamente su nariz bermeja, un rojo tan pasional que sólo podía ser comparable a la extraordinaria melena de los leones. El vapor emergía de su boca por montones al son de una respiración acelerada y el impetuoso viento silbaba aún con más intensidad. Él no comprendía el porqué de la alteración en sus sentidos, tras un sueño intranquilo despertó en la nevera del mundo, y pudo percatarse de ello tras un intento de sus acalambradas manos por aferrarse a las sábanas, pero más allá de toparse con la calidez de su acolchonada tela, no logró empuñar más que un montón de nieve.

Tras la sorpresa, Eliot hizo un esfuerzo por ponerse en pie, pero fue en vano. Sus piernas, igual de entumecidas, no respondieron al primer intento y tampoco lo hicieron al segundo hasta que, en un arrebato por la desesperación, finalmente logró encorvarse un poco, tras un par de agonizantes exhalaciones de nulo aliento pudo reincorporarse, bueno, casi... sólo para contemplar con horror su inconsolable realidad.

Miró en todas las direcciones o al menos trató de divisar alguna señal de vida tras sus pestañas invadidas por el hielo. Apparentemente no había nada ni nadie que pudiera ayudarlo, sólo una densa niebla que bailaba en su entorno, donde el tormentoso viento era la música y no había más que nieve a sus pies y nieve del cielo. sólo eso.

«¡Debo estar soñando!», pensó. Y estaba en lo correcto, su mente horrorizada se limitó a razonar con lógica y no consideró la posibilidad de lo imposible. Tenía razón, estaba dormido y aquello no era ciertamente real, salvo por un escabroso detalle; en los sueños es imposible razonar en cualquiera de los sentidos. Era claro

que Eliot estaba atrapado en una ilusión impropia de su mente, pues aquel no era su sueño.

De pronto, un débil destello de luz plateada se observó en la lejanía y después volvió a apagarse. Eliot se quedó inmóvil, petrificado por el miedo que le provocaba el desconocido origen de aquella luz que, tras dos segundos de mirar atónito a la nada, volvió a resplandecer.

No se apagó más, la luz se mantuvo estática por lo menos un minuto, Eliot sintió que se le revolvían las emociones de nueva cuenta y no sabía si temer a algo que quizá podría lastimarle en aquella pesadilla, o bien correr en su dirección con la esperanza de toparse una salida de aquel inenarrable sitio. Pero la luz fue más rápida que él, resplandeció con intensidad mientras que en poco se hacía más y más grande. Era la luz quien iba en dirección a él.

No era sólo el sonido del viento lo que aturdía sus oídos, para entonces comenzó a azotar un incesante golpe a la tierra, que posiblemente había bajo la nieve. Mientras la luz se balanceaba de un lado a otro acompañada de lo que parecía ser el galope de un corcel. De pronto, un rugido bestial quebró el silencio.

Comenzó a correr despavorido, supo instintivamente que aquello que se avecinaba a toda velocidad podía ser cualquier cosa, menos una persona, pues el ruido que hacía al abrirse paso entre la nieve era similar al de una pesada carpa que se arrastra para montar el circo, mas no tenía Eliot un rumbo fijo a dónde huir. Perdido en el desconocido invierno supo al instante que esa cosa, fuera lo que fuera, terminaría por alcanzarlo. Entonces desistió.

¡Manifiéstate! –se atrevió a gritar aún carcomido por el miedo. Y la nieve comenzó a sacudirse intranquila.

Cerró los ojos, creyendo así que el destino, por más trágico o ameno que le esperara, le resultaría más digerible. Contuvo la respiración, tarea difícil pues era una respiración sofocada, y sin embargo logró hacerlo. Entonces escuchó a la nieve moverse a sus espaldas, también sintió en su cuello la calidez de un feral resoplido y a su vez un escalofrío que le recorrió toda la espalda. El bufar de una bestia que, sin duda alguna, estaba detrás de él.

De pronto, una extraña sensación de melancolía invadió hasta el más profundo rastro de alma que tenía Eliot, aquello que invadió su mente no era producto de su imaginación, ni tampoco se

trataba de un sueño, a pesar de parecer en uno, eran simples memorias. Y entonces volvieron los malos recuerdos.

Era "Ojos de Nieve", o así solía llamar él cuando era niño a la presencia que tantas noches previas a Navidad aparecía en sus sueños para castigarle, para atormentarle y hacerle recordar el mal niño que era y por qué no merecía ver ningún regalo bajo el árbol. Aparentemente, Ojos de Nieve sólo se manifestaba ante Eliot cuando él cometía un acto muy malvado en todo el año, como aquella vez cuando tenía nueve, cortó las plantas de su abuela con unas tijeras una por una y a esta casi le da un infarto, o la vez que quiso bañar a su gato tras haber visto una escena muy particular en las caricaturas, al grado de ahogar al pobre animal. Levantar la falda a sus compañeras de la primaria o decir palabras impropias a un niño de su edad, en fin. Pero algo era diferente. Eliot era ya un adulto, ¿qué acto malvado pudo haber cometido esta vez para que la pesadilla de Nochebuena se hiciera presente?, quizás el argumento cuando niño era el hecho de querer convencerse a sí mismo de ser un niño bueno y aferrarse a la idea de tener un regalo todas las noches de Navidad. Pero que podía anhelar hoy, si no era un juguete o algo que pudiera presumir, quizá se trataba de algo más espiritual, sólo Eliot lo sabía, y vaya que lo sabía muy bien. No sólo él se había revolucionado durante todos esos años, Ojos de Nieve también. A pesar de estar completamente seguro y a la vez preso del pánico, se atrevió a volver la mirada para reencontrarse con su vieja enemiga. A la cual incluso dibujó cuando tenía ocho años y la vio por primera vez...

Ahí estaba, dibujada entre la niebla una silueta de tamaño colosal, acompañada de una luz tan brillante como la luna o las estrellas. Avanzó un poco hacia adelante sólo para que Eliot pudiera apreciarle con más claridad y entonces, lo invadió el terror puro.

Ojos de Nieve no era un animal, ni una persona, era ambas. De una gran parte, su cuerpo era el de un alce de proporciones bíblicas con un pelaje que arrastraba en abundancia, un pelaje maloliente, sucio y escarchado al igual que sus grotescas y chocantes patas. La otra parte le pertenecía a una anciana, tan arrugada e inexpresiva como sólo una bruja podía serlo. En su cabeza, no portaba la mujer cabello exactamente, sino el mismo pelaje del animal y además sus enormes e imponentes astas. Eliot contemplaba

fascinado a la increíble bestia que tenía por delante, pero había un detalle entre toda esa rareza, el cual era la principal causa de toda su desventura y su sentimiento de repulsión. Eran sus ojos. Cada uno desprovisto de vida alguna. Par de espejos donde Eliot podía contemplar en cada pesadilla su pasado y su presente, era eso; sus inquietantes ojos de nieve.

Su parte humana portaba además un par de brazos comunes, en los que sostenía lo que parecía ser un cetro gigantesco, hecho con un colmillo de mamut que terminaba con una hipnotizante esfera de luz plateada en la punta, era esa misma luz que Eliot había visto a lo lejos antes de que Ojos de Nieve hiciera su aparición, pero, la incógnita seguía latente, ¿por qué había aparecido tras largos años de ausencia?

¡Uuuuunoooo! –susurró la criatura, con una voz espectral que a Eliot no le agradó en lo absoluto, pues sólo él y nadie más sabía lo que estaba por suceder.

¡Dooooos! –Eliot cerró los ojos nuevamente. Al hacerlo, la luz del cetro comenzó a brillar y a lanzar destellos tan luminosos que incluso podía percibir su brillo a través de sus párpados. El viento reafirmaba su autoridad silbando con ímpetu. Al decir «tres» la vida de Eliot pasaría frente a él en un fugaz instante, como una ilusión dentro de otra. Como una película en reversa vería las cosas buenas y las cosas malas, toda bendición y maldición yacente en su vida. Ojos de Nieve era su sombra. También era su luz. Cada Navidad, deseaba con gran entusiasmo mil regalos bajo su árbol, mas la peculiar justiciera regresaba en sus sueños cada Nochebuena, sólo para profanar sus memorias y determinar si era merecedor de un trofeo o de carbón puro; esta vez Eliot necesitaba un regalo mucho más complicado de conseguir, pero Ojos de Nieve estaba dispuesta a ayudarlo. Eliot necesitaba ser perdonado.

¡Treeeeee! –y la nieve, el viento, la criatura y la espesa niebla, todo desapareció...

Eliot despertó tan abruptamente como en su sueño, pero esta vez lo arropaba la calidez de sus sábanas, un delicioso aroma a chocolate caliente y por su puerta, que estaba entreabierta, ya se vislumbraba el danzar de las luces que había en su árbol. De pronto y sin aviso alguno, se escuchó a Eliot gritar desde su cama:

—¡Yo maté a ese hombre! ¡Fui yo, mas no era mi intención, el

arma sólo era para intimidarlo, pero me asusté y accidentalmente presioné el gatillo! He dicho la verdad Ojos de Nieve, te imploro no aparezcas más.

Los vecinos, asustados por tan desgarrador y sollozante grito, alertaron a la policía de la confesión de Eliot e inmediatamente lo internaron en una bien posicionada institución mental. A pesar de haberle declarado esquizofrénico, Eliot sabía que Ojos de Nieve era real y volvería para atormentarlo, vaya que lo haría...

24 de diciembre de 2004. San Luis potosí. México

Es por tu bien, amigo mío –le escuchó susurrar a la criatura en su cabeza.

¡Cállate de una buena vez! –respondió Eliot, ya cansado de vivir así. Esa sería la última vez que la vería en su vida. Pasados unos años en el manicomio, aprovechó la soledad en su habitación para hacer lo innombrable. Fue con las sábanas sujetas a la lámpara que había en el techo. Mientras afuera el personal bebía cerveza, quemaban fuegos artificiales y festejaban la Navidad a inconciencia de la sorpresa que encontrarían al llegar al hospital, completamente desvelados y con resaca.

Ojos de Nieve desapareció para siempre.

FIN